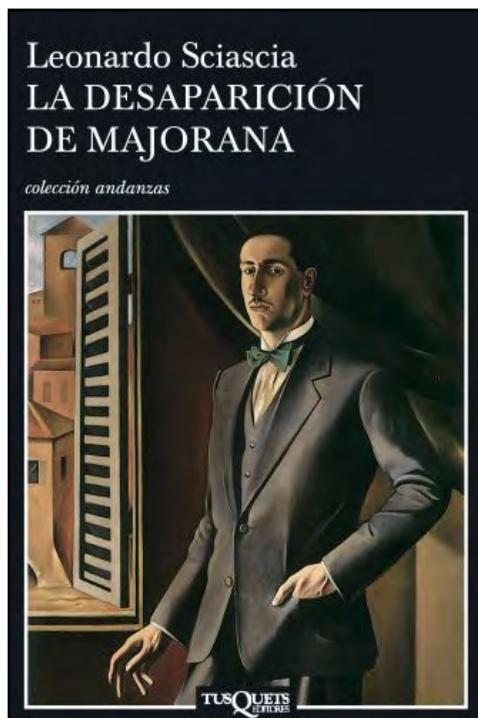


## Reseña del libro *La desaparición de Majorana* de Leonardo Sciascia (2007)\*



Portada del libro *La desaparición de Majorana*.

Fuente: Sciascia (2007).

**Rodrigo Pérez Gil**

Investigador independiente  
luzagosto2003@yahoo.com

\* Cómo citar: Pérez Gil, R. (2022). Reseña del libro *La desaparición de Majorana* de Leonardo Sciascia (2007). *Ciencias Sociales y Educación*, 11(21), 341-346. <https://doi.org/10.22395/csye.v11n21a15>

Recibido: 20 de noviembre de 2021.

Aprobado: 3 de diciembre de 2021.

A este narrador siciliano le concierne sobremanera el asunto del poder, de la política, y lo aborda a través de novelas policíacas donde se pone en juego el misterio no develado alrededor de un muerto, ¿asesinato, suicidio o desaparición? Los hechos y los personajes en sus novelas, aun si alguna de ellas aparece con el nombre de “fábula”, suelen tener una referencia histórica. Es el caso de esta novela que reseñamos. De todas maneras, si son casos no resueltos y con cabos sueltos, tal como ocurre con el caso Majorana, la ficción o la imaginación, la especulación o la creencia del autor-narrador no dejan de intervenir. Por eso, aunque basada en hechos reales, *La desaparición de Majorana* es una novela y no simplemente una obra periodística.

Un joven de treinta y un años, genial físico nuclear, profesor en la Universidad de Nápoles, se embarca en esta ciudad el 26 de marzo de 1938 con destino a Palermo... y no se sabe nunca más de él; desaparece sin dejar rastro alguno. ¿Qué podía pensar el jefe de policía Bocchini cuando se le encomendó, con sentido de urgencia, el caso Majorana? Dice Sciascia (2007) que “nos resulta imposible imaginar que el drama de un hombre inteligente, su voluntad de desaparecer, sus razones, puedan haberse reflejado en las gafas de un comisario de policía, de Bocchini, por ejemplo, de otro modo que como sinrazón, como locura” (pp. 26-27).

La madre de Ettore llega con una carta hasta Mussolini junto con una carta del físico Enrico Fermi, joven estrella de la física en Italia por aquel entonces, para apremiarlo por la búsqueda del joven desaparecido. El Duce escribe con trazos firmes en la cubierta del expediente: “Quiero que lo encuentren” (Sciascia, 2007, p. 31). No hay constancia de que se hubiera emprendido ninguna investigación concienzuda.

Majorana había nacido el 5 de agosto de 1906 en Catania, puerto al oriente de Sicilia. Ya en 1929 obtiene el doctorado en física teórica con la tesis *La teoría cuántica de los núcleos radiactivos*. Fue luego de pruebas que Majorana le ponía a los trabajos de Fermi, apenas cinco años mayor que él, que accedió a trabajar con este y doctorarse. Pronto, la relación entre los dos era de igual a igual, pero también distante, crítica. Competían, con poco más de veinte años ambos, a ver quién era más rápido en resolver complicados cálculos. Había una gran diferencia, dice Sciascia, entre Majorana y los que conformaban el grupo de Fermi: mientras estos buscaban, aquél encontraba. Si para los primeros la ciencia era un acto de voluntad, amaban la ciencia y se empeñaban en alcanzarla y poseerla; para Majorana, quizá sin amarla, la ciencia era una condición natural, “la llevaba adentro”, a manera de un pliegue interior, un texto de su ADN que se irá desplegando a través del estudio encarnizado de la física atómica. Su secreto, pues, asegura Sciascia (2007), no era un secreto exterior, “era

un secreto interior, que ocupaba el centro de su ser, un secreto del que no podía escapar sin escapar a la vez de la vida” (p. 38).

En estos individuos y en estos pensamientos, como los que concebía Majorana, no valía la distancia común que arraigó en la cultura de Occidente entre el sujeto y el objeto: el objeto allá y el sujeto acá alrededor del cual gira el objeto. Ocurre como con ciertos poetas y artistas, y también variadas culturas salvajes, que se instalan en otro paradigma. Paul Valéry (2002), en *Diálogo del árbol*, escribe:

    Mi alma se hace hoy árbol. Ayer, la sentí fuente. ¿Mañana?... ¿Me elevaré con el humo de un altar, o me sostendré por encima de las planicies, en lo alto, con el sentimiento de potencia del buitre sobre sus lentas alas? ¿Lo sé? (p. 49)

Majorana había sido un niño genio precoz, y los genios precoces, sugiere Sciascia (2007), tendrían un tiempo limitado para hacer lo que tenían que hacer:

    Una vez alcanzada la plenitud, la perfección de una obra; una vez develado plenamente un secreto; una vez que se ha dado forma, esto es, que se ha revelado un misterio, en el orden del conocimiento o, en general, de la belleza, tanto en ciencia como en literatura o en arte, no queda sino morir. (p. 39)

El joven físico procura no hacer lo que no puede dejar de hacer. Y en cada cosa que descubre, dice Sciascia (2007), “siente Ettore oscuramente que se aproxima a la muerte, y que el hallazgo, la revelación completa de alguno de los misterios que la naturaleza le reserva, será la muerte” (p. 42). Pero él tiene cierto margen de maniobra y puede buscar, aunque sea en vano, una escapatoria, una salida. Quienes lo conocieron decían que era un “tipo raro”, sumamente tímido e introvertido, como dice Laura Fermi (Sciascia, 2007, p. 43). Escribía sobre las cajetillas de cigarrillos —era un fumador empedernido— las fórmulas, ecuaciones o ideas que se le ocurrían de pronto en el tranvía de camino al Instituto. Cuando lo instaban a que publicara sus hallazgos, decía que no valía la pena. Sin duda, él sabía acerca de su importancia, pero tendía a ser un misticador, un teatrero. ¿Por qué? Podían ser razones profundas, que obedecían al instinto de conservación, en un doble sentido: conservación de sí mismo, conservación de la especie humana.

Majorana descubre antes que Heisenberg la teoría según la cual el núcleo está compuesto de protones y neutrones. Se niega a publicar su descubrimiento y le prohíbe a Fermi hablar de ello en un congreso de física que se celebraría en París, a menos que el trabajo se atribuyera a otro teórico al que Majorana tenía en poca estima. Cuando la teoría de Heisenberg fue reconocida y aplaudida, Majorana, en lugar de lamentar no haberla publicado él mismo, admiró al físico alemán, lo que demuestra el valor que atribuía a la teoría, y sintió por él una

inmensa gratitud, lo que expresa su miedo. Pensaba que Heisenberg lo había “salvado de un peligro” (Sciascia, 2007, p. 45).

En 1933, Majorana, que regresa de una visita hecha a Heisenberg en Leipzig, vive solo en la casa familiar mientras la familia está fuera. Va poco y pronto deja de ir al Instituto de Física. Prefiere no hablar de física, aunque sigue siendo su obsesión. Trabaja mucho, aunque de ese trabajo entre 1933 y 1937 solo publica dos ensayos: *Teoría sobre la simetría del electrón y del positrón*, publicado en 1937, y *Sobre el valor de las leyes estadísticas en la física y en las ciencias sociales*. Tal vez destruyó otros textos escritos en esta época. Su hermana María recuerda que Ettore solía decir que la física o los físicos, no lo recuerda bien, “van por mal camino” (Sciascia, 2007, p. 79). Por los años 1935-1937, el joven, con el pelo muy largo, se comporta como una persona “asustada”, como cuando están a punto de liberarse las potencias del mal. Con todo, es capaz de comportarse como una “persona normal”. Aspira a enseñar física teórica, aunque tal vez solo por llevarles la contraria a Fermi y su grupo, que a estas alturas preferían que Majorana no estuviera cerca porque fueron competitivos hasta el final de sus días. No consigue cátedra en el Instituto de Física en Roma, pero sí en la Universidad de Nápoles por “méritos”. Sin embargo, no se sentía del todo cómodo, aunque estaba haciendo lo que siempre había querido hacer. Entre enero y marzo de 1938 vive entre el hotel y el Instituto de Física en la universidad. En Nápoles dio otro paso hacia la completa soledad a la que aspiraba.

El 25 de marzo de este año 1938, a la diez y media de la noche, Majorana sale de Nápoles para Palermo en un barco de correos. Había enviado dos cartas, una a su familia donde dice que le perdonen por lo que va a hacer y que no le guarden luto por “más de tres días” (Sciascia, 2007, p. 89), y otra carta a su jefe en la universidad de Nápoles donde le dice que “No es por egoísmo” (Sciascia, 2007, p. 87), que va a hacer lo que siente que tiene que hacer, que le perdone los trastornos que pueda causar en la universidad su abrupta “desaparición”. Luego, desde Palermo, envía un telegrama a su jefe diciéndole que olvide lo que le dijo en carta anterior. Enseguida le manda una nueva carta donde le dice que “[e]l mar me rechaza y vuelvo mañana al hotel Bologna [...] Pero voy a renunciar a la docencia” (Sciascia, 2007, p. 90). Según la policía, Majorana se embarcó en Palermo rumbo a Nápoles a las siete de la noche del 26 de marzo.

Sciascia piensa que él nunca se embarcó en Palermo o que, si lo hizo, no fue aquella noche. Se inclina también por la hipótesis de un profesor de la Universidad de Palermo que viajó en el barco de las siete rumbo a Nápoles. Aunque el profesor no está seguro de haber viajado con Majorana, cree que pudo ocurrir que Majorana desembarcara en Nápoles. Sugiere al hermano de Majorana que lo busquen en los conventos, pues no sería la primera vez que personas “no muy

religiosas” se retiren del mundo. El profesor comparte el prejuicio común de creer que un científico es poco religioso o del todo descreído, un error en relación con Majorana, dice Sciascia (2007), pues él era religioso: “Su drama fue religioso, pascaliano, podemos decir. Fue de los primeros que sintió la zozobra religiosa a la que llegará la ciencia si no lo ha hecho ya, y por eso estamos escribiendo ahora [1975] sobre su vida” (p. 95). Por la etimología de la palabra, un hombre *religioso* es alguien que se siente *ligado, en relación*, al que le importan los otros, no solo los cercanos, amigos y aliados. ¿Qué lo hacía a él distinto de los otros físicos que colaboraron con el proyecto Manhattan?, nos preguntamos. La respuesta es que él no se ocultaba el destino que tendrían los resultados de las investigaciones en curso sobre la fisión nuclear. No compartía la patraña de que había que salvar a Occidente o a los países aliados de la amenaza nazi ni que para eso era preciso llevar a término el proyecto de fabricar la bomba atómica, tal como creyeron Niels Bohr, Oppenheimer e incluso Einstein, quien escribió al presidente Roosevelt en 1941 pidiéndole apoyo para la realización de dicho proyecto. Según aquellos, el argumento era que se estaba desarrollando a la sazón en Alemania, lo cual no era del todo cierto si le creemos a Heisenberg. Esto culminaría en la construcción de la bomba atómica puesta a disposición de las potencias diabólicas, una energía nuclear puesta al servicio de la muerte.

En la sección de desaparecidos, ¿Quién lo ha visto?, del suplemento semanal *La Domenica del Corriere*, se publicó una foto y una descripción del sujeto: “Treinta y un años, 1,70 de estatura, delgado, moreno, pelo negro, ojos oscuros”. Se pedía a quien tuviera alguna noticia que se comunicara con el reverendo padre Marianecchi, etc. A este aviso respondió el superior de la iglesia de Gesù Nuovo de Nápoles. Dijo que a fines de marzo o principio de abril, “un joven que casi podía jurar que era el de la foto, se presentó a él y le pidió hospedaje, diciendo que deseaba retirarse del siglo y hacer vida religiosa” (Sciascia, 2007, p. 96). El religioso del convento, que vio muy agitado al joven, le dice que sí, “que sería posible, aunque no enseguida, y que vuelva en otro momento. Pero Ettore no volvió” (Sciascia, 2007, p. 97).

En su carta a Mussolini, la madre de Majorana le dice que ella cree que Ettore no era un suicida, que había sido una “víctima de la ciencia” (Sciascia, 2007, p. 98). ¿Chivo expiatorio, el renegado, que no estaba ni con los fascistas ni con los aliados? Sciascia es recatado en su novela y no dice lo que hay que decir hoy. Majorana era muy distinto a los otros físicos que, con su vanidad, su sed de fama y sus investigaciones en física atómica, les fue concedido en Suecia el Premio Nobel. Este premio, fundado precisamente, por quien había inventado la dinamita, fue otorgado a distintos científicos: en 1921 al alemán Albert Einstein, en 1922 al sueco Niels Bohr, en 1932 al alemán Werner Heisenberg y en 1938 al italiano Enrico Fermi —justo el mismo año de la desaparición de Majorana!—.

Cegados por la vanidad y la fama que envilecen, se comportaron como ovejas obedientes. A Majorana, en cambio, la vanidad y la fama le rebotaban. Él no era un físico colaboracionista ni estaba destinado a ser un mercenario en manos de un general de la guerra.

Nadie lo obligaba, ¿por qué tenía que desaparecer? Porque llevaba ese embrión de bomba adentro y se negaba a gestarlo, y le era imposible deshacerse de él sin deshacerse de sí mismo. Tenía que cambiar radicalmente de subjetividad, salir del medio, volverse imperceptible, perder el rastro y el rostro, desaparecer. Llevaba todo el dinero, que tuvo el cuidado de recoger, y el pasaporte. Si el plan era suicidarse, ¿para qué necesitaba todo el dinero? Claramente quería que creyeran en su muerte, y quién sabe si dudaba acerca de cómo desaparecer.

El autor visitó un convento de cartujos donde, según él, más que por las señas que le dio el monje que lo atendió, se refugió alguien que, para no traicionar la vida, traicionó la conspiración contra la vida, aunque ese gesto no acabó con la conspiración. A la postre, escribe, “no queremos ya preguntar, saber nada. Nos sentimos como llamados, obligados a guardar un secreto” (Sciascia, 2007, p. 115).

En su obra *El tercero instruido*, Michel Serres (1991) evoca el cuadro de Goya que representa dos enemigos con el torso desnudo que están luchando a garrotazos. ¿Quién va a ganar? Goya no solo pinta a los combatientes enfrentados, sino también el lugar en el que están luchando: unas arenas movedizas. A cada golpe dado se hundían un poco más las pantorrillas, las rodillas, las piernas, las caderas, los hombros. Ninguno de los dos, evidentemente, se salvará de la compacidad dura y densa del atolladero. El juego a dos que apasiona a las masas y solo opone humanos, el amo contra el esclavo, los nazis contra los aliados, la izquierda contra la derecha, los republicanos contra los demócratas; tal ideología contra otra cualquiera desaparece en parte desde que ese tercero interviene. ¡Y qué tercero! El mundo mismo. Aquí, la arena movediza; mañana, el clima. El agua, el aire, el fuego, la tierra, flora y fauna, el conjunto de las especies vivientes... ese país arcaico y nuevo, inerte y viviente, que yo llamo la Biogea, nos dice Serres.

Bohr, Oppenheimer, Fermi, Heisenberg, Einstein se atuvieron al juego a dos, estaban de un lado o del otro. Majorana salió del juego a dos, ¿pero a qué precio?

## Referencias

Sciascia, L. (2007). *La desaparición de Majorana*. Editorial Tusquets.

Valéry, P. (2002). Diálogo del árbol (G. Astey, trad.). *Revista de la Universidad de México*, (612), 49-55.

Serres, M. (1991). *Le tiers-instruit*. François Bourin.